

EL CABALLO QUE QUERÍA LA PAZ

Fue el mejor caballo que existió y todo el mundo se acuerda de él. Vivía en las cuadras de un rey sabio que sólo buscaba el bien de su pueblo.

El caballo estaba contentísimo por llevar al rey por todos los pueblos del reino.

Un día llegó la triste noticia de que siete reyes vecinos, envidiosos de la paz que se respiraba en aquel reino, habían decidido declararle la guerra.

Los habitantes de aquel pueblo que vivía en paz se pusieron muy tristes porque desde hacía muchos años no tenían ejércitos ni armas, convencidos de lo superfluo de tales ingenios que sólo servían para causar la muerte, dejando los hogares destrozados.

El rey, preocupado por tales noticias, no sabía qué hacer. Hasta que tomó una decisión:

Llamó al joven más valeroso de todos cuantos había en su reino y le preguntó:

— ¿Eres capaz de defender a tu país de los siete reyes que quieren hacernos guerra?

— Nunca me he adiestrado para la guerra, pero amo a nuestro pueblo y quiero defenderlo. Yo iré si me dejáis montaren vuestro caballo.

Antes del amanecer ya corría por aquellos campos y valles un hombre joven encima del mejor caballo que nadie podía soñar.

Al finalizar aquella jornada, el rey vio desde las ventanas de su palacio regresar al joven caballero, con una sonrisa en los labios y un gesto de victoria: había conseguido vencer al primero de los reyes enemigos y lo conducía prisionero.

Al día siguiente, una sombra volvió a cruzar rápidamente el paisaje. Montado en la silla, acariciando las crines del caballo, iba el joven más valiente del país.

Y la victoria le sonrió también: antes de que el sol dejara de iluminar con sus rayos los campos sembrados, ya estaba de vuelta trayendo prisionero al segundo de los reyes.

Así sucedió los días siguientes. Todos los reyes enemigos iban siendo hechos prisioneros, uno por uno.

En el combate para capturar el sexto de los reyes el caballo resultó herido. Y aquella tarde no pudo volver veloz como el viento. El dolor de las heridas hacía el paso cansino y le privaba de esa agilidad que tanto le caracterizaba.

El rey se entristeció y también el pueblo, que sin la ayuda de aquel caballo no podía defenderse del séptimo rey enemigo.

El caballero pidió otro caballo para salir a detener al séptimo de los reyes.

El caballo herido sabía que sin su ayuda el joven caballero corría una muerte cierta. Haciendo un supremo esfuerzo le dijo al joven:

— No cojas otro caballo, pues sólo yo puedo llevarle a la victoria. Intenta vendar mis heridas, monta sobre mí. Juntos, intentaremos detener el avance del séptimo rey.

Así lo hizo el joven caballero.

Al atardecer regresaron caballo y caballero... trayendo prisionero al séptimo de los reyes. La victoria había sido suya una vez más.

Pero nada más llegar, el caballo cayó al suelo sin fuerzas y herido de muerte. La vida se le escapaba por las heridas. El caballo tan solo pudo decir al joven.

— No os entristezcáis por mi muerte. He cumplido con mi deber. A cambio de mi esfuerzo quiero pedir os un favor: no matéis a los siete reyes prisioneros. Permitidles que vuelvan a sus reinos con la promesa de que nunca nos atacarán y con la promesa de hacer florecer en sus reinos la paz.

Cuando hubo terminado de pronunciar estas palabras cerró los ojos y murió el valiente caballo.

Pero la paz que se consiguió fue larga y estable. Los reyes liberados nunca más se prepararon para la guerra y en todos aquellos países dejaron de existir ejércitos, con una nueva época de paz desde las montañas al mar